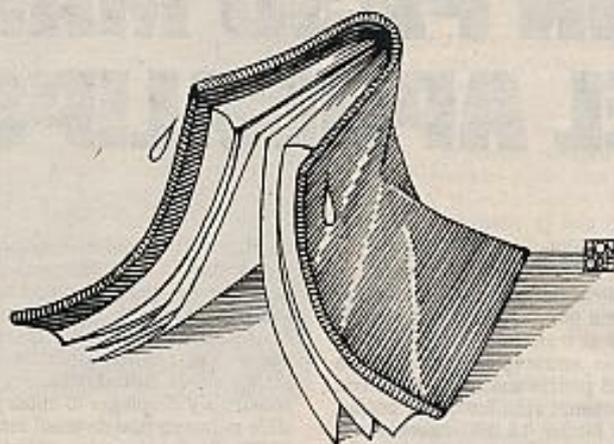


MANUEL VICENT

**H**ASTA aquí hemos llegado, justamente hasta los jardines de Cecilio Rodríguez en el parque del Retiro. La gran pecera está plantada en medio de una orfebrería de boj, escoltada por columnas de granito con espirales de hiedra, reflejada en espejeantes láminas de agua. La gran pecera es un cubo de cristal entre botánica mimada por la tijera donde antiguamente el conde de Mayalde daba serenata con violines a los visitantes ilustres de la ciudad. Aquel espacio gélido fue cedido el otro día al Comité Pro-Libertad de Expresión para que se reuniera a discutir el desastre represivo que se ha abatido sobre el país. El coloquio estaba perfectamente anunciado, el tema era de mucho interés. No acudieron más de cincuenta personas mal contadas, jóvenes con las manos en



## LA LIBERTAD EN UN PISAPAPELES

los bolsillos, alguna pareja mayor con aspecto de traductores de la Unesco, un pequeño grupo de amigos traumatizados por la que está cayendo. Ante la desmesura del salón y la falta de asistencia, la tenue caterva optó por reunirse en un hatillo en el primer rincón. Los lamentos de aquella tertulia alucinada tenían mucha resonancia en el vacío.

Durante toda la semana, en el Colegio Mayor San Isidro el Comité Pro-Libertad de Expresión había montado mesas redondas y conferencias. El primer día, Fernando Savater logró una concurrencia de ochenta personas. El segundo, otro conferenciante sólo obtuvo el favor de sesenta. El tercero, ni siquiera se presentó el orador, Leopoldo M. Panero. El cuarto, en los jardines de Cecilio Rodríguez, sólo resistieron ya cuatro gatos acurrucados en una esquina protegiéndose del relente con el calor corporal. Era un cuadro de desolación. Daba la idea de que los allí reunidos estábamos dedicados a la tarea de captar ranas. La izquierda española está desactivada. Parece que quedan unas larvas masoquistas que todavía persisten en actuar. Pero su acción sólo sirve para describir el naufragio.

Por la noche, la discoteca Pachá se veía abarrotada de narcisos bajo los cañones de luz, reflejándose en el espejo de la penumbra, en las consumiciones de mil piastras, en las blancas butacas, en las plateadas mesas, en las moquetas trepantes, en las pistas con telones, en los amplificadores electrónicos. Esa juventud que extiende el cuerpo en el sonido distorsionado ejecutaba su libertad de expresión con el cultivo de la propia imagen, en la creación de un mundo maravilloso de pantalones cerrados

por el tobillo. A primera hora de la madrugada, desde la densidad perfumada de Pachá imaginé por un momento los desolados jardines de Cecilio Rodríguez, aquella escena de El año pasado en Mariembad entre pasillos de boj, el desierto espacio de cristal con las voces opacas de unos seres que se lamian las heridas y hacían enumeración de bajas, agresiones a la cultura, a los derechos del ciudadano y narraban pequeñas e inútiles batallas. Realmente yo veía un fondo submarino, con un salón de barco lleno de algas donde braceaban los componentes de la mesa contra toda esperanza de salvación. Allí estaba María Gascón, una sirena de dulces gafas, cantando la nana del naufragio.

Una de las preguntas sin respuesta que se desarrolló en aquel cementerio de cristal era ésta. A qué se debe el desinterés manifiesto de la gente por su propia libertad, a qué obedece el abandono de la lucha, por qué el pueblo se ha desencanchado de la política. Era una pregunta que alcanzaba una nota patética en aquella soledad. Algunos culpaban a los líderes de la izquierda, tan parlanchines en las Cortes. Otros descubrían siniestras maniobras para desmontar cualquier espíritu de masas, el desarme moral a que ha sido sometido el ciudadano por sus propios representantes. El paro, la pobreza absoluta que se avecina, el miedo difuso a una posttrimería económica parece que ha paralizado todos los resortes colectivos. Sálvese quien pueda. Ha sonado la hora de la salvación individual. La derecha se siente tan fuerte ante la desbandada que se ha podido permitir el detalle de ceder al Comité Pro-Libertad de Expresión el lugar más fino de la ciudad, un nido botánico, una pecera rodeada de vegetales figuras tras-

quiladas por el jardinero mayor, el sitio más lindo en su escala de valores. Cecilio Rodríguez fue un maestro de la poda. Nada más apropiado.

Desde el nocturno electrónico de Pachá todo parecía lo mismo, los braceantes oráculos del Parlamento, las caderas de los jóvenes danzantes en la pista, el sonido apocalíptico de un discurso de Fraga, el rock comestible de los altavoces, el cuchicheo de los portavoces, la jerga sofisticada en los plateados sillones, las amaneradas invectivas de los políticos de izquierda, la marcha de las tetas sueltas bajo esta campana de ruido, todo estaba a una distancia sideral entre sí dentro del mismo envase. En sólo tres años, aquella ilusión se había convertido en una fantasmagoría. Las manifestaciones de un millón de personas, los espectácu-

los de masas políticas, la respuesta colectiva al primer reclamo quedaban reducidas en un cubo de cristal, como un coleóptero disecado dentro de un elegante pisapapeles. Allí había el resto de una mesa compuesta por esforzados jóvenes, rodeada por unas docenas de amigos, que todavía luchaban por la libertad. Se les había regalado un jardín para que elaboraran proyectos. A unos pasos de aquella tertulia, en la Feria del Libro algunas casetas vendían El Libro Rojo del Cole de tapadillo, con los gestos crípticos de antaño, como si fuera droga, vigilando los aledaños con el rabillo del ojo. En el coloquio se pasó lista una vez más a toda la serie de agravios, agresiones, procesos, represiones que ha sufrido la libertad bajo el amparo de la Constitución. Nada. El valor simbólico de este grupo de jóvenes que se agita contra el espejo de la duda con tanto esfuerzo merece todos los elogios. Cuando ellos se disuelvan ya no quedará nada. Nos iremos todos a bailar a Pachá.

Se ha hablado mucho de desencanto, pero hay que verlo. Hay que sentir esa soledad de cristal entre desiertos jardines cruzados por esfumadas figuras de Mariembad en vaqueros para percatarse de la magnitud del desastre de la izquierda. La derecha ha recuperado hasta la estética. Ha imbuido la moda de la salvación personal ante el miedo reflejada en el cultivo de la propia imagen, en el marbete narcisista. Los jóvenes maravillosos se ponen pantalones fosforescentes atados en los tobillos y van a mirarse en el lago de una copa bajo los sonidos distorsionados, los obreros acuden a mirarse en el espejo del paro, en el remedio de la chapuza. Los políticos se describen la propia silueta verbal a la luz del folio sobre la tribuna. Y un grupo de remeros todavía lucha dentro de un pisapapeles. ■